

Un mes . . . . . 2 ptas.  
Un año . . . . . 22'50

ANUNCIOS, RECLAMOS Y COMUNICADOS  
A PRECIOS CONVENCIONALES.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,  
COMPAS, 2. Jerez de la Frontera.

Año XLVIII. Jerez de la Frontera. Martes 2 de Septiembre de 1902.

# El Guadalte.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO.

(FUNDADO EN EL AÑO DE 1852)

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

FUERA DE JEREZ.

Un mes . . . . . 250 ptas.  
Un año . . . . . 2500 ptas.

ANUNCIOS, RECLAMOS Y COMUNICADOS

A PRECIOS CONVENCIONALES.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,

COMPAS, 2. Jerez de la Frontera.

Núm. 14.551.

## El Guadalte.

### LA CUESTIÓN AGRARIA

EN JEREZ.

Bajo este epígrafe se lee en *La Agricultura Bética*, repartida el día 31, los siguientes levantados conceptos que reproducimos con gusto, solicitando al propio tiempo al estimado colega, digno, muy digno de alcanzar el premio que merece por su patriótica labor, que tanto honra al pueblo en cuyo beneficio se realiza.

Dice así:

Satisfechos, satisfechísimos cada día más estamos del éxito y resonancia que van alcanzando, con el hermoso despertar de la curiosidad e interés públicos, los brillantes informes, verdadera exposición de inspiradas teorías sociales y propias y originales opiniones, con que, de su mismo puno y letra, pensadores y sociólogos distinguidos e ilustres de dentro y fuera de la localidad, afiliados a escuelas y sectas diversas para que los contrastes resulten más manifiestos y por ende más provechosos y prácticos, vienen nutriendo, hace ya algunos números, las páginas de esta Revista.

Muyo, ciertamente, de extrema atención es ese malestar económico que palpita intermitente y sin ritmo fijo, como corazón enfermo, en todas las clases, a cuyos cuidados y remedios hay que aprestarse con el bagaje radical que existe en el arsenal de las ciencias médico-sociológicas y con toda la prudencia y aplomo que aconsejan experiencia y práctica de otros tiempos, no acertamos a deslindar si peores o iguales a los presentes. El hecho es, que a la consulta citada en este laboratorio de la opinión llamado prensa periódica, o cuarto poder, según el ilustre Echegaray —de lo que constituye entraña importantísima por su carácter doctrinal *La Agricultura Bética*, han acudido los más sabios doctores, animosos y fervientes de sanar. A todo trance, la salud perdida por vicios de origen y herencia o por contagio o infección provocada o extraña, con que vive muriendo este enfermo tan querido de todos, el país, cuyos achaques y miserias van sintomatizando y acentuando por día la cronicidad natural acarreada por los anacronismos de nuestras inveteradas y rutinarias costumbres y las carcomas de una política sin fin y sin rumbo, determinado y progresivo; aso también, y sin causa, causa de todo la musulmana pereza que llevamos diluida en nuestra sangre, impulsándonos de cuando en cuando, con sonrojos y apoplegias de falsa vida a quijotescas y ridículas empresas donde se gastan energías y voluntades.

Nada copiamos del extenso y notable artículo del célebre publicista D. Joaquín Costa, porque, con muy buen acuerdo, se prohíbe la reproducción de este trabajo y de cuantos publique el ilustrado colega acerca de la cuestión agraria en Jerez, objeto de estudio y de preocupación para todos los pensadores del país.

¿Qué es el telegrama del Sr. Gutiérrez Agüera? Un ligerísimo extracto de la respuesta del Vaticano, y extracto en que se nota cierta vaguedad que exige esperar para formar juicio definitivo. A conocer el texto íntegro de la Nota. Sin embargo, la impresión de los ministros, o al menos de algunos ministros, es satisfactoria, porque se ha confirmado que el Gobierno había entablado las negociaciones, porque se ha visto que éstas no se hallaban suspendidas, y porque la Santa Sede no opone el *non possumus* a ninguna de las pretensiones formuladas por el Gabinete, sino que las discute, y claro es que al discutirlas deja la puerta abierta a un acuerdo.

Recuerden nuestros lectores que hace algunos días, al dar cuenta de una conversación mantenida por nosotros con un personaje liberal, dimos a entender bien claramente que el Gobierno esperaba obtener buen resultado en sus gestiones respecto al arreglo del clero, pero que desconfiaba mucho de lograr lo mismo en lo relativo a las Ordenes religiosas; y recuerden también que en ese mismo artículo decíamos que á raíz de la salida del Sr. Canalejas se instó a la Santa Sede a dar una respuesta siquiera sobre el primero, pues ante la campaña anticlerical de aquél necesitaba urgentemente el Gobierno demostrar que hacía algo en ese sentido.

Teniendo esto en cuenta, cuando se recibió el telegrama del duque de Alba davor lo primero que se nos ocurrió pre-

cíamos en calificar de grandioso, porque si se lleva á la práctica con la amplitud en que ha sido concebido y tal como hacen presagiar los favorables informes de las personas que hasta ahora han podido examinarlo, produciría de seguro grandísimos beneficios en la localidad, estando llamado por diferentes conceptos á operar una completa y radical transformación de las condiciones adversas en que se desenvuelve actualmente la vida de la misma.

El proyecto, por lo que hemos podido retener en la memoria, no exige mucho capital: unos dos millones de pesos, desembolsado en seis años y reembolsado totalmente á los catorce de su implantación, pues tal es la verdadera importancia del negocio, aun á pesar de haber presidido la mayor prudencia en los cálculos.

Y no podemos decir por hoy más sino que el pensamiento lo dirige y propaga, con todo el entusiasmo y toda la actividad que despliega en sus gestiones, una conocida persona, gente incansable, capaz por su indomable voluntad, a prueba de toda clase de obstáculos, de vencer cuantas resistencias pasivas o activas se opongan á su realización, como lo ha demostrado en otras cien empresas públicas no menos arduas.

Así sea para mayor honor y prestigio de las cualidades que distinguen al citado agente y para bien de nuestro pueblo.

DETALLADACIONES

#### LA NOTA DEL VATICANO

Sigue reinando cierta confusión acerca de este asunto, pues la falta de noticias concretas obliga a los políticos á entrever a todo género de cálculos y de conjecturas.

Un colega asegura, con informes que califica de buen origen, que el Sr. Sagasta, no obstante lo que se consigna en la Nota oficial del Consejo de anteanoche, conoce desde ayer mañana, en toda su integridad, la contestación á las demandas presentadas por el Sr. Gutiérrez Agüera, y otro periódico, afirma que en el último Consejo los señores conde de Romanones y Montilla se inclinaron á una solución radical, en tanto que los más ministros se mostraron partidarios de temperamentos de concordia con el Vaticano.

Todo esto nos parecen fantasías de verano.

El Sr. Sagasta no podía conocer anteriormente en toda su integridad la contestación del Vaticano, por la sencilla razón de que ésta no habrá llegado hasta hoy á San Sebastián.

El miércoles por la mañana recibió el presidente un telegrama del ministro de Estado, en el cual le anunciable que había recibido otro del Sr. Gutiérrez Agüera, que contenía la síntesis de la respuesta dada por el Vaticano á las Notas del embajador español, añadiendo que aún no se había concluido de descifrar, pero que su impresión, por lo ya conocido, era satisfactoria.

Descifrado por completo el telegrama del embajador, se remitió en la baliza del mismo miércoles y lo recibió el Sr. Sagasta el jueves por la mañana, dando cuenta de él en el Consejo que se celebró por la noche; y caten ustedes por qué el empresario D. Emilio Pino: «Antoñuelo» se atrevió á hacerlo?

Mi padre, que estaba en el escenario y que hacía un coronel traidor que hay en esa obra, se opuso con todas sus fuerzas y de ningún modo quería que yo aceptara la proposición. La Aparicio, que era la tipa; Sanz, que era el tenor; Carratalá, el tenor cómico, y todos á una vez regaron á D. Antonio que me dejara, y á fuerza de suplicas de los unos y bromas de los otros, me hicieron subir al escenario, repitieron una ó dos veces la referida escena del oficial, y caten ustedes al hijo de mi padre, á la noche siguiente, vestido á la federica, con su bigote pintado de corcho, un peluquín de cerda y unas botas de hule negro, dignas de dos pantorrillas de mayor volumen que las mías de entonces. A este estreno siguió otro no menos importante en mis primeros pasos en la escena, cual fué el de un escribano viejo que sale en el segundo acto de *Los diamantes de la Corona*, y tiene sólo que decir: «Con mejores modos» no habla un Cicerón, frase que el público repite á la vez, sin duda para animarme en mis primeros pasos.

Mas, sin duda, me estaban reservados triunfos mayores en aquellos tiempos, pues recuerdo que al año siguiente y en el mismo teatro, ya contratado de racionalista y en una Compañía de declamación donde era primer actor de carácter mi padre, nico, entre otros papeles, el de un loco que hay en el sainete titulado *La casa de abates locos*, cuya creación duró en el ánimo del público muchos años, y por la que adquirí fama duradera. Fué el caso que, al aparecer yo en dicho sainete en la escena, vestido abi-arradamente en un caballo de palo, con una montera de papel en la cabeza y un descomunal sombrero en las manos midiendo el escenario, tenía que decir los siguientes versos:

«Poniendo aquí las trincheras,  
hay desde ellas á la plaza  
lo que de la plaza á ellas;

ó no al apuntador, ó éste quisiera incisivo conmigo, ó se me olvidaron los tales versos, el caso es que yo seguí midiendo el escenario de arriba á abajo, haciendo gestos y contorsiones, pero callado en absoluto. Viendo el autor, que hacia el papel de gracioso (D. José Sánchez Albarán), que yo no rompí á hablar, se decidió por hacerlo él, y con voz potente exclamó: «Bomba, bomba!», y al oír la frase, él y yo nos echamos al suelo...

Entonces yo, volviendo de mi asombro (entiéndase miedo), empecé a recitar los versos que debí decir en un principio: pero me equivoqué, y vuelta otra vez el bueno de Albarrán, por cubrir la equivocación, á repetir: «Bomba, bomba!», y al suelo los dos nuevamente. La tercera intentona ocurrió lo mismo; pero esta vez no sólo dijo: «Bomba!» mi interlocutor, sino el público todo que había en el teatro. Intenté varias veces decir algo de mi papel, y el público, en seguida exclamaba: «Bomba, bomba!», y se escondían entre las luertas.

Tal efecto produjo, de tal modo se comentó aquél incidente que, dos ó tres años que seguía trabajando en Málaga, cuando un actor de más ó menos importancia tubeaba en escena, se oía en seguida decir: «Bomba, bomba!»

Transcurrieron años, y ya con reputación de ser galán joven, fui el 62 á dar un corto número de funciones en el teatro Principal de Málaga, con la emblemática actriz D. Teodora Lamadrid. La obra para la que gasta el dinero que se le confía, que juega para recuperarlo y vuelve a jugar después de perder para hacer el desquite. El ciego absorbente, que cuando en el se agobia el que cae, más lo chupa y lo traga completamente.

Yo estaba en esa terrible charca; pero no era el vicio lo que á ella me había conducido, sino la necesidad, el amor de mi madre, que es capaz hasta del crimen.

Mi hijo se moría. Necesitaba médico y medicina. No tenía dinero. Veinticinco duros al mes para un matrimonio con un hijo enfermo, son casi la miseria.

Yo temía siempre cien ducados disponibles en mi carreta, para los pagos menudos de la casa de comercio. Tomé diez, nada más que diez, y jugué. Jugué y perdí. Y también los perdí, eran veinte duros y casi un mes de paga. Imposible devolverlos al depósito que me estaba confiado. Entonces me aturdí, jugué veinte duros, treinta, cincuenta... los cien duros y siempre perdiendo.

Era el Teatro Principal de Valencia, en la segunda mitad del pasado siglo, desde el año 68 al 80 especialmente, uno de los más codiciados por los actores durante la temporada de invierno.

Adquiriendo en Málaga grandes éxitos las zarzuelas *Los Madrigales*, *Catalina*, *Los diamantes de la Corona* y otras y en algunas de ellas era necesario ochar mano de racionalistas y aficionados, por el mucho personal que tienen, y como en las Compañías que salen á provincias, entonces, como ahora, solo se lleva el cuadro principal de artistas, á cada instante ocurría que faltaban actores. En el ensayo general de *Los Madrigales* hubo de quitársela al actor que le ensayaba el papel de un oficial que hay en el tercer acto, del que se moja el coro, cantándose no sé qué cosa, y él, el oficial, debe de indignarse y echar mano á la espada y hacer retroceder al coro, etc., etc. Pues señor, yo estaba en una luneta presentando el ensayo y diciendo para mí capote: «De qué buena gana haría yo ese oficialito»; y caten ustedes por qué casualidad del diante oigo que me dice el empresario D. Emilio Pino: «Antoñuelo»

que atreves tú á hacerlo?

Mi padre, que estaba en el escenario y que hacía un coronel traidor que hay en esa obra, se opuso con todas sus fuerzas y de ningún modo quería que yo aceptara la proposición. La Aparicio, que era la tipa; Sanz, que era el tenor; Carratalá, el tenor cómico, y todos á una vez regaron á D. Antonio que me dejara, y á fuerza de suplicas de los unos y bromas de los otros, me hicieron subir al escenario, repitieron una ó dos veces la referida escena del oficial, y caten ustedes al hijo de mi padre, á la noche siguiente, vestido á la federica, con su bigote pintado de corcho, un peluquín de cerda y unas botas de hule negro, dignas de dos pantorrillas de mayor volumen que las mías de entonces.

A este estreno siguió otro no menos importante en mis primeros pasos en la escena, cual fué el de un escribano viejo que sale en el segundo acto de *Los diamantes de la Corona*, y tiene sólo que decir: «Con mejores modos» no habla un Cicerón, frase que el público repite á la vez, sin duda para animarme en mis primeros pasos.

Mas, sin duda, me estaban reservados triunfos mayores en aquellos tiempos, pues recuerdo que al año siguiente y en el mismo teatro, ya contratado de racionalista y en una Compañía de declamación donde era primer actor de carácter mi padre, nico, entre otros papeles, el de un loco que hay en el sainete titulado *La casa de abates locos*, cuya creación duró en el ánimo del público muchos años, y por la que adquirí fama duradera. Fué el caso que, al aparecer yo en dicho sainete en la escena, vestido abi-arradamente en un caballo de palo, con una montera de papel en la cabeza y un descomunal sombrero en las manos midiendo el escenario, tenía que decir los siguientes versos:

«Poniendo aquí las trincheras,  
hay desde ellas á la plaza  
lo que de la plaza á ellas;

ó no al apuntador, ó éste quisiera incisivo conmigo, ó se me olvidaron los tales versos, el caso es que yo seguí midiendo el escenario de arriba á abajo, haciendo gestos y contorsiones, pero callado en absoluto. Viendo el autor, que hacia el papel de gracioso (D. José Sánchez Albarán), que yo no rompí á hablar, se decidió por hacerlo él, y con voz potente exclamó: «Bomba, bomba!», y al oír la frase, él y yo nos echamos al suelo...

Entonces yo, volviendo de mi asombro (entiéndase miedo), empecé a recitar los versos que debí decir en un principio: pero me equivoqué, y vuelta otra vez el bueno de Albarrán, por cubrir la equivocación, á repetir: «Bomba, bomba!», y al suelo los dos nuevamente. La tercera intentona ocurrió lo mismo; pero esta vez no sólo dijo: «Bomba!» mi interlocutor, sino el público todo que había en el teatro. Intenté varias veces decir algo de mi papel, y el público, en seguida exclamaba: «Bomba, bomba!», y se escondían entre las luertas.

Tal efecto produjo, de tal modo se comentó aquél incidente que, dos ó tres años que seguía trabajando en Málaga, cuando un actor de más ó menos importancia tubeaba en escena, se oía en seguida decir: «Bomba, bomba!»

Detallaciones

Entonces yo, volviendo de mi asombro (entiéndase miedo), empecé a recitar los versos que debí decir en un principio: pero me equivoqué, y vuelta otra vez el bueno de Albarrán, por cubrir la equivocación, á repetir: «Bomba, bomba!», y al suelo los dos nuevamente. La tercera intentona ocurrió lo mismo; pero esta vez no sólo dijo: «Bomba!» mi interlocutor, sino el público todo que había en el teatro. Intenté varias veces decir algo de mi papel, y el público, en seguida exclamaba: «Bomba, bomba!», y se escondían entre las luertas.

Tal efecto produjo, de tal modo se comentó aquél incidente que, dos ó tres años que seguía trabajando en Málaga, cuando un actor de más ó menos importancia tubeaba en escena, se oía en seguida decir: «Bomba, bomba!»

Transcurrieron años, y ya con reputación de ser galán joven, fui el 62 á dar un corto número de funciones en el teatro Principal de Málaga, con la emblemática actriz D. Teodora Lamadrid. La obra para la que gasta el dinero que se le confía, que juega para recuperarlo y vuelve a jugar después de perder para hacer el desquite.

El ciego absorbente, que cuando en el se agobia el que cae, más lo chupa y lo traga completamente.

Yo estaba en esa terrible charca; pero no era el vicio lo que á ella me había conducido, sino la necesidad, el amor de mi madre, que es capaz hasta del crimen.

Mi hijo se moría. Necesitaba médico y medicina. No tenía dinero. Veinticinco duros al mes para un matrimonio con un hijo enfermo, son casi la miseria.

Yo temía siempre cien ducados disponibles en mi carreta, para los pagos menudos de la casa de comercio. Tomé diez, nada más que diez, y jugué. Jugué y perdí. Y también los perdí, eran veinte duros y casi un mes de paga. Imposible devolverlos al depósito que me estaba confiado. Entonces me aturdí, jugué veinte duros, treinta, cincuenta... los cien duros y siempre perdiendo.

Un año . . . . . 250 ptas.

Yo estaba en esa terrible charca; pero no era el vicio lo que á ella me había conducido, sino la necesidad, el amor de mi madre, que es capaz hasta del crimen.

Mi hijo se moría. Necesitaba médico y medicina. No tenía dinero. Veinticinco duros al mes para un matrimonio con un hijo enfermo, son casi la miseria.

Yo temía siempre cien ducados disponibles en mi carreta, para los pagos menudos de la casa de comercio. Tomé diez, nada más que diez, y jugué. Jugué y perdí. Y también los perdí, eran veinte duros y casi un mes de paga. Imposible devolverlos al depósito que me estaba confiado. Entonces me aturdí, jugué veinte duros, treinta, cincuenta... los cien duros y siempre perdiendo.

## EL GUADALETE.

en el rayo del sol, como polvo coloreado, y en ondas olorosas se esparcía por los oscuros ámbitos, embalsamando el tibio ambiente del templo.

En la capilla del bautisterio había alguna gente reunida en torno de la pila, donde bautizaban un recién nacido, cuyo ingreso en la Iglesia católica celebraba el órgano que yo había oido al pasar por la puerta.

Algunas negras siluetas de mujeres se veían arrodilladas en las escaleras de las capillas laterales, en algunas de las cuales brillaban dos velas que destacaban de sus camarines la imagen de un Cristo ó de una Virgen de rostro lloroso, cubierta con manto de terciopelo negro ornado de agujas de plata.

Todo esto lo vi al paso; porque sin darme atraerse diagonalmente el templo buscando el rincón más oscuro, y éste era el coro bajo, sobre el cual estaba el órgano; un coro cuadrado, cerrado por tabiques de maderas esculpidas, con asientos divididos por brazos que figuraban dragones de talla. En medio un immense facistol sostenía enorme libro de coro con sus grandes caracteres de colores y sus grandes notas musicales.

Allí no había nadie. Me senté en el más retirado de los sillones, como aplastado por el peso de mi pensamiento, que ya no bullía en mi cerebro como fiera encuajada, sino que flotaba como pesada nube tormentosa de contornos indefinidos y vagos, que se perdían en los límites en que acababa la razón y empieza la locura.

Pero a poco de hallarme en el templo, sentí que la nube tórica que envolvía mi mente conturbada se iba enrareciendo, haciéndose de negra, blanca, de densa, transparente.

Vía traves de sus gasas, vi la cuna de mi hijo, vi a mi mujer arredillada delante de él. Me estremecí, y al estremecerme sentí sobre mi cuerpo el duro contacto de otro y me acordé del arma que llevaba consigo, saqué el revólver y lo arrojé en un sitio inmediato como si me abrasase su cañón la mano.

Luego caí en profunda meditación que nada interrumpía.

Oíase de vez en cuando el golpe de la puerta que el fuerte muelle cerraba con sordo ruido de ataúd que cae en la fosca; alguna voz seca y cascada y la alegría charla de unos monaguillos que jugaban en la sacristía.

Y yo seguía pensando y reflexionando a la luz de la razón, disipada de nubes.

No sé cuánto tiempo permaneció de aquel modo, hasta que oí los pasos de alguien que se acercaba á aquél sitio. Era un sacerdote, cuya blanca cabeza se desataba en el fondo oscuro del coro. Llevaba en la mano su breviario y tué á oír par el asiento próximo al mío.

Le vi al sentirse hacer un movimiento de sorpresa, levantarse, extender la mano por el asiento y... levantarla armada, con mi revólver.

El anciano cura me miró. Aquél hombre leyó seguramente en mis ojos todo lo que le decía aquél revólver lejos de mi alcance, aquella desesperación de mi mirada, aquella mortal palidez de mi rostro.

Aceróce á mí.

—Joven! —me dijo— usted sufre.

—Horriblemente, padre.

—Quería V. matarse y renuncia á ello, ¡es cierto!

—Ciertol.

—Veamos, ¿qué ocurre? —continuó sentándose á mi lado.

—Padre... quiero confesar! —exclamé yo que hacía veinte años que no lo hacía.

Y caí de rodillas delante de él, ocultando mi cabeza sobre su pecho, en el que sentía latir su corazón sobresaltado.

Y todo se lo dije, y le confesé mi situación y mis anteriores propósitos y le pedí consejo.

Jamás oí en mis oídos voz más dulce y consoladora; jamás sé humano me habló con tanta ternura; jamás nadie me aconsejó con más prudencia y más sentido común.

Bendijome el sacerdote, y estrechando mi mano, dijo:

—Dios, sin duda, me ha puesto en tal camino, hijo mío. Yo te doy gracias por haber librado un alma del pecado y un cuerpo de la afrenta; á las siete de la noche te espero aquí; ven y serás consolado.

Y empujándome suavemente me despidió, quedándose con el revólver en sus manos, y vi que el anciano se arrodilló y oró con la cabeza inclinada sobre el pecho.

A las siete me hallaba en aquel mismo lugar.

El anciano sacerdote estaba allí espaldado.

Le besé la mano, y él, estrechando la mía, me dijo poniéndome un papel en ella:

—Toma; son mis ahorros, soy pobre, si puedes, devuélvelo; si no puedes, no me lo devuelvas; yo no te lo exigiré jamás.

Besóme en la frente y me pareció que aquel beso era un beso de paz que el cielo me enviaba.

Sali, y ya en la calle, abrí mi mano.

Habíame dejado un billete de 1.000 pesetas...

De esto hace cerca de cuatro años, y en este momento acabo de entregar á mi protector las últimas 25 pesetas que mensualmente me hermado de mi sueldo.

Mi hijo, gracias al buen sacerdote, pudo curarse; mi honor quedó ileso y he su-

frido las privaciones consiguientes con alegría, sintiendo en mi alma la paz que proporciona el deber cumplido, oyendo siempre en el fondo de mi ser una voz misteriosa que me dice: «cree y espera».

EMILIO DE LA CERDA GARIOT.

**La muerte del Doctor Rubio.**

Toda la prensa de Madrid y de provincias dedica extensas consideraciones al triste acontecimiento de la muerte del sabio Dr. Rubio, estimándolo como una desgracia nacional.

El entierro del cadáver ha sido, según las noticias telegráficas que en otro lugar publicamos, una elocuente manifestación de duelo.

He aquí ahora algunos datos biográficos del ilustre muerto:

Federico Rubio nació en 1827 en el Puerto de Santa María. Estudió en Cádiz, distinguiéndose desde luego entre sus compañeros. Como las aptitudes se anuncian bien temprano, ganó la plaza de director y fué el primero entre todos en la clase de Anatomía. Al llegar á este punto de su vida, tuvo que emigrar por razones políticas su padre, y he aquí al muchacho el frente de su familia, obligado a dirigirla y mantenerla. Entonces acudió á su habilidad en la esgrima, dando lecciones de este arte, al mismo tiempo que de las asignaturas que estudiaba.

No faltó quien recordara en Cádiz— dice el biógrafo— sus artes de duelistas, probadas en cierto circo donde una ex

trajera presentóse desnudando en los carteles á los aficionados; ni quienes midieran con ella sus fuerzas; ni, como Rubio,

que presenciaba desde una butaca el es

pectáculo, saltó á la pista y dió una tre

menda lección á la amazona...

Terminada su carrera, trasladóse á Sevilla en busca de más ancho campo donde poder desarrollar sus facultades, de las que empezó dando gallardas pruebas en las oposiciones á la plaza de cirujano del hospital Central. Cuentan los que las presenciaron que en ellas rayó tan alto, que, á pesar de las recomendaciones con que contaba su contrincante, a pesar de sus ideas políticas, entonces poco menos que de reprobado, anduvo el Tribunal perplejo, porque no había me

dió hábil de dejarle desairado. En ellas, para finalizar los ejercicios, desarticular el pie con un cortaplumas en pocos momentos, mientras su compañero sudaba, sin llegar á conseguir su objeto.

Las oposiciones resultaron uno de tantos escándalos hijos del favor, y Rubio se quedó sin plaza; pero por suerte suya, el perjuicio convirtióse en beneficio, y fue jalón tendido en el camino de su brillante carrera.

Trabajó luego no pocos años, y todas las energías almacenadas fueron apareciendo, apareciendo, hasta alcanzar envidiable reputación y practicar el año 1803 la primera ovariotomía en el barrio de Triana, cuando los cirujanos españoles de más altos entonces no se atrevían á tanma empresa, sin que la antisepsis hubiera adquirido ciudadanía en la cirugía española, y motivando que muchos consideran como atrevimiento quirúrgico rayano en locura tal determinación.

El revolucionario de la Ciencia, en edad en que todas las ideas nobles arraigan en el alma, se pudo sustraer á las corrientes de libertad que empezaban á sentirse, y con el entusiasmo de la juventud aceptó las ideas democráticas y las rindió fervoroso culto, formando en la extrema izquierda de aquella falange de hombres que realizaron el trascendental movimiento político del 68.

Muchos años transcurrieron para don Federico, y con tesón de aragonés esperó el triunfo de sus ideales. Contrastó con el largo trabajo el exiguo fruto que para su persona obtuviera, reducido á una acta de diputado por Sevilla y á la Embajada de Londres que la República le otorgara el 73.

Fortuna para Rubio, enamorado de la Ciencia y del progreso, fué constante para ella siempre y no la olvidó un momento. Así es que su estancia en Londres dedicó tanto á la Diplomacia como á la Medicina, estudiando incansablemente, visitando hospitales y enfermos y dando pruebas con frecuencia de su habilidad operativa.

Al dejar la Embajada, realizó un viaje científico á los Estados Unidos, para aumentar el numeroso caudal de sus conocimientos y estudiar á fondo el modo de ser de la Cirugía en América. Y si aban donar familia, hogar y patria fuera poco, durante su dilatada vida los momentos dedicados al trabajo, sumados, representan la mayor parte de ella. Primero, estudiando en Cádiz, en cuyo Museo anatómico aun quedan gran número de preparaciones suyas; luego, ejerciendo en Sevilla y fundando nuestra Escuela libre de Medicina (hoy oficial); más tarde, en Madrid, en Londres, en América, tomando parte en la mayoría de los Congresos médicos celebrados y dando en todos gallarda muestra de su valía, y como remate de su larga historia científica, creando el Instituto de Terapéutica en el hospital de la Princesa de Madrid: todo esto lo prueba de sobra.

Desde hace bastantes años padecía el doctor Rubio una afección reumática,

que no le impedía hacer su vida ordinaria, nada tranquila, por cierto, pues sabido es que el eminentísimo cirujano era sumamente activo.

Ultimamente notóse en él los síntomas de un arterio esclerótico, lesión que le producía los consiguientes trastornos circulatorios, bastantes catarras y algunos ataques de disnea, á los cuales jamás dió el ilustre paciente importancia alguna.

Si se encontraba un poco molesto, guardaba cama un día ó dos y esto era todo.

Antes de ayer muy temprano llamó como de costumbre y al preguntarle cómo había pasado la noche, contestó que bastante molesto, atribuyéndolo á no estar hecha la cama á su gusto.

Bajóse del lecho, y envuelto en una manta se trasladó á otra cama inmediata á la que ocupa su hija, y no experimentó ningún sufrimiento de importancia, puesto que al salir de su alcoba recogió de su mesilla de noche cigarros y cerillas para llevarlos consigo á la nueva cama.

Apenas cayó en ésta, notó su hija desde la suya, que la respiración era muy fatigosa, y alarmada se precipitó hacia su madre, advirtiendo que ésta no respiraba.

Fué avisado inmediatamente el Doctor Arnal, que era de los ayudantes de don Federico Rubio, el que vivía más cerca, y sólo tuvo el dolor de dar cuenta del fallecimiento.

El doctor Rubio había cumplido el día antes setenta y cinco años de edad.

D. E. P.

## DE CADIZ

Con motivo del fallecimiento del eminentísimo doctor D. Federico Rubio, se colgaron hoy de negro los balcones de la Facultad de Medicina, poniéndose la bandera á media asta.

El Decano Sr. Rubio Argüelles dirigió un sentido telegrama á la respetable hija del difunto dándole el pésame en nombre del claustro de la Facultad.

La sesión de la Asamblea convocada para hoy no se celebró por falta de número de señores diputados.

Se convoca nuevamente para el día 12 de este mes.

La reunión anunciada por la Sociedad de Socorros del personal de fondos, no se celebró por falta de número de socios.

La de aljadores de sal celebró reunión, tratando de la aprobación de cuentas y de otros asuntos que afectan al régimen de la Sociedad expresada.

Del *Carlo Alberto*, esta mañana bajaron á tierra el Contralmirante italiano señor Mirabelló, con su ayudante y el señor Marconi.

Acompañados del Sr. Cónsul de Italia visitaron á los gobernadores Civil y Militar y al Sr. Comandante de Marina de este puerto.

Dieron un paseo en carroza por la población y volvieron al muelle.

El Sr. Contralmirante con su ayudante marchó á San Fernando en el tren de las 11 para visitar al Capitán general del Departamento.

Hasta la hora de partir el tren estuvieron en la estación los Sres. Marconi y Santasilia, regresando luego el primero á bordo del acorazado en la lancha de vapor que al efecto lo esperaba.

El Sr. Contralmirante se proponía regresar en el tren de la tarde.

Si el *Carlo Alberto* está en Cádiz algunos días, el Sr. Santasilia invitará al Sr. Marconi á una excursión á Jerez y San Fernando.

## EN HONOR

DEL SEÑOR LON Y ALBAREDA.

En la terraza de la Cervecería Inglesa se ha celebrado esta tarde á las dos el banquete con que los Secretarios de los Ayuntamientos de la provincia han obsequiado al distinguido Jefe de la Sección 1.<sup>a</sup> de la Dirección general de Administración Local, D. José Lon y Albareda.

Asistieron los señores siguientes: D. Francisco Pró, Secretario de Cádiz; D. Cristóbal Roncero, de San Fernando; D. José M. Díaz, de Puerto Real; D. José Vázquez, de Chipiona; D. Francisco Wenceslao, de Alcalá de los Gazules; D. Millán González, de Sanlúcar de Barrameda; D. Carlos Rivero, de Jerez; D. José Luis García, de Puerto de Santa María; don Antonio Aparicio, de Arcos y D. José Ramírez Maresco, de La Línea.

Durante el almuerzo reinó la más cordial animación, hablándose y discutiéndose numerosos asuntos á incidentes relacionados con los cargos que los comensales desempeñan.

Inició los brindises, al destaparse el champagne, el Sr. Pró, manifestando la gratitud de todos los Secretarios hacia el señor Lon, que con el reglamento que acabó de publicarse, les saca del abandono en que estaban, dándoles estabilidad.

Hubieron también los secretarios de Puerto Real, Puerto de Santa María y San Fernando, abriendo en las mismas ideas que ha expuesto el Sr. Pró.

Habió después el Sr. Lon, haciendo un notable discurso, eloquente y apasionado, elogiando los méritos de los secretarios municipales, cuya estabilidad—dijo—es

la base de la administración, porque s' hemos de regenerar administrativa mente, ha de empezarse por los municipios, cuyo elemento principal para ese fin es la estabilidad de sus secretarios.

Fue interrumpido varias veces por las muestras de aprobación y los aplausos de los comensales.

Todos los señores que hablaron dedicaron un recuerdo á la prensa (que agraciemos) y dieron gracias á los periódicos que se han ocupado de estos asuntos y del acto que se celebraba.

Después de las cuatro terminó el banquete.

Mañana se celebrará en Jerez la *parrilla* con que obsequian al Sr. Lon los Contadores y Depositarios.

(Del Diario de Cádiz)

**A la memoria de D. Federico Rubio**

En el Puerto de Santa María, ciudad donde nació el eminentísimo Dr. D. Federico Rubio, ha sido muy sentida la muerte de este.

El Sr. D. José Luis de la Cuesta con ferenciamos con el Sr. Alcalde D. Francisco de la Puente acerca de los acuerdos que debían adoptarse.

Ayer telegrafió el Alcalde á la hija del señor Rubio dándole el pésame en sendos términos.

La primera sesión que celebra el Municipio portuense será suspendida en señal de duelo, acordando celebrar unos funerales á los que será invitado para que los presida el Sr. Gobernador civil.

El Círculo Conservador, La Liga de Cazadores, el Casino Portuense y La Peña también han puesto telegramas de pésame, colocando colgaduras negras de éstas habrá también en las Casas Consistoriales.

## EL PANTANO DEL GUADALCACÍN

El proyecto para la gran obra del pantano de Guadalcacín, está terminado, y dentro de pocos días será enviado á Madrid para someterlo á la aprobación del Gobierno.



# JEREZ EN EL BOLSILLO, á 1'50 ejemplar encuadrado.

## AGUAS MINERALES DE BURLADA

LA REINA DE LAS AGUAS DE MESA  
Las mejores para combatir y prevenir todas las dolencias del Estómago, Rigido, riñones y vías urinarias. DE VENTA EN TODAS PARTES.

SUCURSAL

MAQUINAS (SINGER) PARA COSER

DEPOSITO

CÁDIZ,

38-COLUMENA-38.

RECOMENDAMOS LA MAQUINA DOMÉSTICA BOBINA CENTRAL PARA TRABAJOS ARTÍSTICOS Y USO DOMÉSTICO.

JEREZ,

19.-ALGARVE.-19

ALMACENES DE TEJIDOS

DOMINGUEZ Y C. ANTIGUA CASA  
MORENO Y QUINTANA

P. Mendizábal 2--Teléfono núm. 60.—PRECIO FIJO. Apartado 14

Esta Casa tiene el gusto de participar á su distinguida clientela que ha recibido el surtido general de todos los artículos propios para la presente estación, tanto en SEDERIAS de todas clases, como Granadinas caladas GRAN MODA, ORGANIS FANTASIA lisos bordados y raya-dos LANERIA estilos puramente modernos. Últimos modelos en Capas de paño perforado, gla-sé y tul negras y de color.

Enaguas de seda y de alpaca. Corbatas para señoras. Blusas hechas y en cortes, bordadas de todos colores.

**Sobres comerciales timbrados desde 5 pesetas en adelante el millar, en la imprenta de este periódico**

### Cataforésis del Estómago.

Es un hecho ya universalmente reconocido por la ciencia, que la electricidad constituye el gran óxido del organismo en general, y muy especialmente de las funciones de nutrición. Entre éstas ocupan las digestivas el lugar primero. Las enfermedades del estómago se reconocen por causa de la electricidad de este órgano. De aquí que la tonicidad que le proporciona la energía eléctrica, consiga su curación. Partiendo de este hecho, hace muchos años que con éxito se ha efectuado obteniendo la extracción de estas enfermedades por medio de la electricidad. La Cataforésis del estómago realiza, pues, por las razones expuestas, la curación de las enfermedades de este órgano, tan dolorosas y rebeldes a otros tratamientos, de un modo casi infalible. De sus beneficios no podían disfrutar los enfermos que residían lejos de los grandes centros de población.

Y el problema queda restado con nuestra FAJA EPIGASTRICA, aparatito del que tenemos patente de invención. Colocada la Faja, desarrolla una suave corriente eléctrica, a la que son insensibles los nervios periféricos, por lo que no ocasiona de menor molestia, pero que penetra en el organismo y actúa sobre el estómago, corrigiendo su atonía y real-zando la extracción de las dipeptidas ácidas, flatulentas ó nerviosas, gastrálicas, gastritis, distensiones, atrofia de las glandulas pépticas, neurosis gástrico-intestinal, desordenes gástricos producidos por el histerismo, y catarrlos gastro-intestinales.

La Cataforésis es la acción mecánica de la electricidad. La corriente pone en movimiento todos los líquidos de los tejidos, con todas las substancias que tengan en disolución. Esta acción se aprovecha de dos modos: como electrolisis medicamentosa, para introducir en el organismo los medicamentos, sin los inconvenientes de su administración por la boca, y en su efecto puramente mecánico, pues como dice Leduc: Se puede a ninguna substancia medicamentosa utilizar las acciones de la corriente en el interior del organismo, por la acción que ejerce sobre la capa celular y sobre la nutrición. Nuestra FAJA EPIGASTRICA puede ser manejada por los mismos enfermos. La electricidad que desarrolla el aparato puede comprobarse con un milliamperímetro ó un voltímetro. Informes y consultas, también por correo, en el ONSULTORIO INTER-NACIONAL, ARENAL, 1, MADRID, donde se regala a quien se plante un interesante opúsculo sobre las acciones del estómago traídas por los agentes físicos.

APÓFORES

Depilatorio VENUS

Preparado por la casa J. LL. PRUNÉS

DESPACHO: GOBERNADOR, 6

BARCELONA.

Con una sola aplicación desaparece al velo de cualquier parte del cuerpo, pudiendo usarlo las personas más delicadas puesto que es reconocida ser completamente inocente. — Se mandará gratis a los que manden una tarjeta con las señas.

Precio: CINCO PTA. FRASCO. Se remite certificado por correo mandando 6 pesetas en sellos á otra forma de facu-cubo.

SE VENDE EN JEREZ:

D. Francisco Rodríguez, Larga 11; don

Antonio López, Consistorio 2, y Sres. Ta-mayo Hermanos, Algarve 1.

A ALTAHABLA: el sello

Imprenta de EL GUADALETE, Compás 2

EL GUADALETE

EL GUADALETE</p